

MIGUEL MAURA

La derecha liberal en España

JUAN PABLO FUSI AIZPÚRUA

Un libro nuevo

*Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra**, el libro de Miguel Maura que, en edición de Joaquín Romero Maura, ha editado en 2007 Marcial Pons Ediciones de Historia, no es una nueva edición —sería la octava— del libro del mismo título que apareció en 1962. Es de hecho un libro distinto, un libro nuevo. Contiene desde luego, e íntegramente, el libro de 1962. Romero Maura ha añadido ahora numerosos textos nuevos (y alguna carta), muchos de ellos inéditos, procedentes de los cuadernos que para redactar sus memorias había escrito Miguel Maura en momentos distintos de su vida en el exilio (1945), o en los años ulteriores de ostracismo interior (1954), sólo una parte de los cuales había utilizado para su libro de 1962; y Romero Maura ha añadido además textos correspondientes a los años 1934-36 ya publicados en su día, y muy conocidos e influyentes en su momento en los debates políticos de la II República —discursos parlamentarios, artículos en la prensa (concretamente, el conjunto de importantísimos y resonantes artículos que Miguel Maura publicó en *El Sol* en junio de 1936)—, pero nunca recogidos en libro y por tanto sólo accesibles a través de su consulta o en el *Diario de Sesiones* de las Cortes republicanas o en el diario citado, *El Sol*.

Por los temas que abordaba —caída de la dictadura de Primo de Rivera, gobierno Berenguer, caída de la Monarquía de Alfonso

XIII, proclamación de la II República, primeros meses del régimen republicano (ofensiva de la CNT, quema de conventos, conflictos con la Iglesia)—; por la calidad, amenidad, desenvoltura e inteligencia narrativas que desplegaba Miguel Maura; por las aportaciones que contenía para la historia (dado el papel destacadísimo que Miguel Maura tuvo en todos y cada uno de aquellos acontecimientos), el *Así cayó Alfonso XIII* de 1962 y de las siete ediciones posteriores, fue un libro de lectura apasionante (y lo sigue siendo en la edición de 2007 que, como se decía más arriba, lo recoge íntegramente). Por la extraordinaria y muy larga introducción al nuevo libro que ha escrito Romero Maura, un formidable ensayo sobre Antonio Maura y la naturaleza de la política de su tiempo (en tanto que clave para entender a Miguel Maura y lo que éste quiso hacer e hizo en la II República) bajo la apariencia de un estudio del aprendizaje político de Miguel Maura en el “taller” de su padre, Antonio Maura; y por los textos antiguos y nuevos de Miguel Maura que incorpora, *Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra* es además un libro importantísimo: una contribución sustantiva al estudio del reinado de Alfonso XIII y de la II República, una revisión en profundidad del papel de la derecha conservadora en la España contemporánea y por extensión de la crisis política española del siglo xx. En una edición que es desde cualquier punto de vista impecable, la introducción de Joaquín Romero Maura, escrita con densidad, elegancia e inteligencia política admirables, contiene análisis y re-

flexiones sobre la historia política española entre 1903 y 1923 (durante el reinado de Alfonso XIII por tanto) de enjundia y calidad considerables, y plantea y propone hipótesis e interpretaciones novedosas —y en cualquier caso, realmente sustantivas— que, guste o no, obligan a repensar en profundidad mucho de lo que la historiografía del período había venido diciendo hasta ahora.

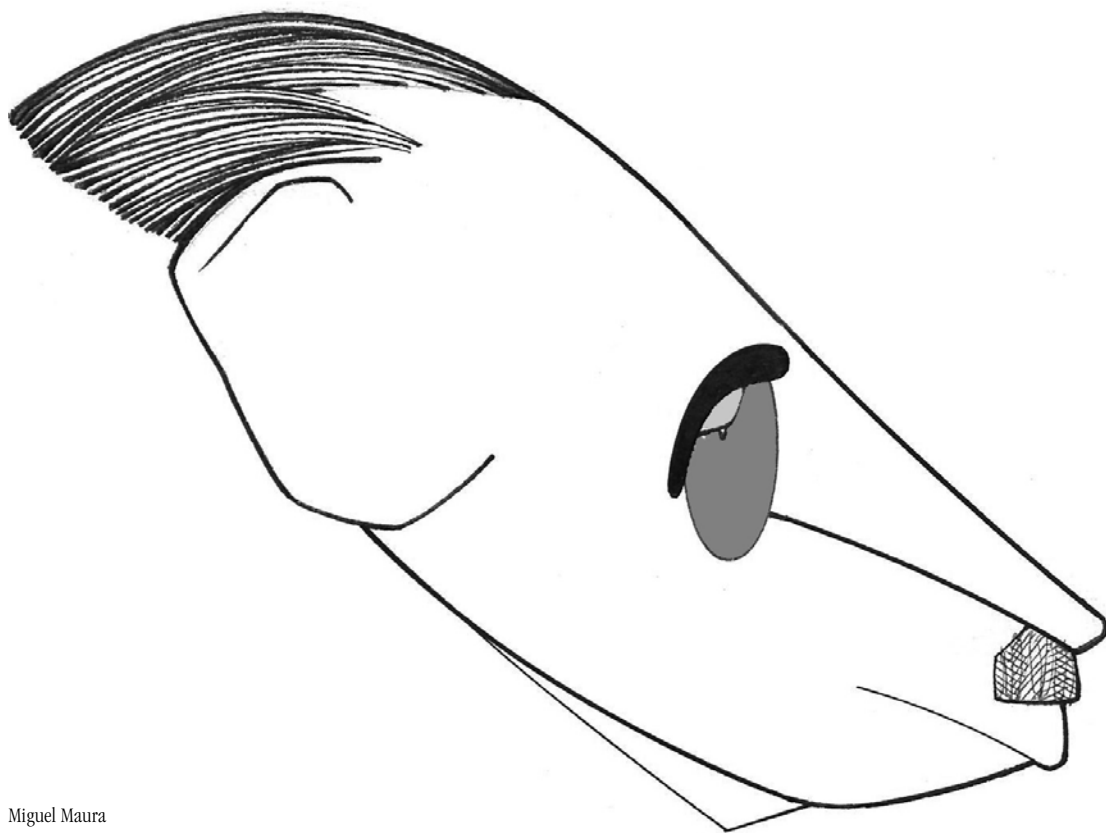
El libro plantea, en efecto, cuestiones verdaderamente esenciales. Porque el curso mismo de la crisis política española del siglo xx —curso hartamente conocido— fue indudablemente determinante para la vida moral y material del país. Dicho sintetizadamente: el fracaso del sistema político de Alfonso XIII desembocó en 1923 en la dictadura de Primo de Rivera; la caída de la dictadura en 1930 trajo la República, y la República trajo la guerra civil. O de otro modo; lo que en principio, entre 1876 y 1923, fue una crisis de legitimidad de un sistema de partidos (fraude electoral, caciquismo, partidos oligárquicos) —pero sistema que había implantado, con todo, el régimen parlamentario, la supremacía del poder civil, la estabilidad de la política, y el turno regular de conservadores y liberales en el poder—, derivó entre 1923 y 1930 en una crisis de régimen (monarquía o república); y la crisis de régimen desembocó en seguida (1931-36) en una gravísima crisis nacional. Aquello que, por tanto, pudo haber sido evolución tranquila desde una Monarquía constitucional pero oligárquica a una monarquía democrática y representativa, en un país, la España de 1876 a 1923, en desarrollo y que vivía —especialmente desde 1898 y

1914— un luminoso momento cultural, se trocó en tragedia histórica: guerra civil y dictadura de Franco (1939-1975).

La revolución desde arriba

Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra contribuye, precisamente, a entender muchas de las claves —decisiones, percepciones, posibilidades, errores— del proceso o procesos que llevaron a 1923, a 1931 y a 1936. Los Maura (Antonio y Miguel) tuvieron, en efecto, personalidad, formación, sentido y capacidad excepcionales para la política, protagonizaron —por eso nos importan— hechos y momentos políticos decisivos de la misma, y encarnaron posibilidades políticas que, de haber cristalizado, pudieron haber hecho (o no, eso nunca será posible saberlo) o que la política española no hubiese basculado hacia el golpe de 1923, o que el cambio de régimen de 1931 no hubiese derivado en una crisis nacional como la que estalló en 1936. Como líder del Partido Conservador desde 1903, Antonio Maura encarnó la posibilidad de regeneración política del régimen de 1876. Pasado al bando republicano en 1930, ministro de la Gobernación en el gobierno provisional de la República (abril-octubre de 1931), Miguel Maura pudo haber sido la derecha conservadora republicana y democrática que el nuevo régimen necesitaba perentoriamente como clave de su estabilidad. Aun con diferencias generacionales y de contexto político, los dos compartieron —ésta es una de las tesis que en su introducción plantea Romero Maura— una misma vi-

* Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra*. Marcial Pons, Madrid, 2007. Edición y estudio preliminar de Joaquín Romero Maura.



Miguel Maura

sión, un mismo proyecto, un mismo objetivo: articulación de una derecha conservadora, constitucional, movilizadora y democrática como expresión de la realidad social española y como instrumento fundamental del régimen parlamentario y liberal.

Antonio Maura (1853-1925), que gobernó en 1904 y luego entre enero de 1907 y octubre de 1909, encarnó en la coyuntura creada tras el asesinato de Cánovas en 1897, la derrota de 1898 en la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de las últimas colonias, y el acceso al trono en 1902 del jovencísimo Alfonso XIII, la tesis de una “revolución desde arriba” que, desde su perspectiva —la perspectiva de un hombre de gran autoridad moral y personal, imbuido de un profundo sentido ético cristiano de la política y de muy sólida formación jurídica, como argumenta Romero Maura—, equivalía a la creación de un Estado fuerte y capaz de gobernar que, reformando la administración local y regional, revitalizase las Cortes, el régimen parlamentario, y terminase con el caciquismo. Maura quería, así, un sistema asentado en partidos representativos y

basados en la opinión y por tanto, modernos: un partido conservador que movilizase el apoyo electoral de las clases conservadoras y de la masa neutra del país —y si posible, de los nacionalismos en Cataluña y País Vasco—, y un partido liberal apoyado por los sectores reformistas y progresivos del país que se movían, si bien minoritariamente, en el entorno del republicanismo y del socialismo. Maura tuvo, además, entre 1907 y 1909, los años de su “gobierno largo”, la oportunidad de poner en práctica su visión de lo que entendía debía ser la política en España. Gobernó, en esos años, con energía y determinación inusuales en la política española. Llevó al Parlamento centenares de leyes, proyectos y disposiciones. Puso en marcha importantes reformas: nueva Ley electoral, ley de Creación de la Escuadra, ley de Colonización Interior, legalización de la huelga, creación del Instituto Nacional de Previsión, inspección del trabajo, Tribunales Industriales, reforma de la justicia municipal... Y planteó otras que, aunque no llegaron a aprobarse, pusieron la política española literalmente en pie, como fue sobre todo el caso de

la ley de Reforma de la Administración Local, la ley de “descuaje del caciquismo”, como Maura la llamó, debatida durante ciento veintisiete días y que suscitó 2.950 discursos parlamentarios.

Nunca se había visto nada semejante: un gobierno, apoyado en una mayoría parlamentaria sólida y compacta, con un liderazgo indiscutible, gobernando en y desde las Cortes, y desplegando un espectacular abanico de medidas de gobierno que constituían, tomadas conjuntamente, un verdadero proyecto de estado para el país. La revolución desde arriba no estaba hecha; la revolución política, sí. Por eso fue tan grave —como argumenta con toda razón Romero Maura en la introducción ya varias veces aludida del libro que nos ocupa— la salida de Maura del poder en octubre de 1909: porque el Rey, al aceptar la dimisión que Maura le presentó ante la actitud de la oposición dinástica y republicana en la crisis desatada por el fusilamiento del pedagogo anarquista Francisco Ferrer, acusado de responsabilidad en la agitación revolucionaria que se produjo en Barcelona en la Semana Trágica de julio de 1909, retira-

ba la confianza a un gobierno con decidida vocación parlamentaria, que gobernaba con ideas y proyectos propios, y que lo hacía con alto sentido de las responsabilidades del Estado y de acuerdo con la ley y el derecho (pues nadie negó nunca a Maura, ni siquiera en el *affaire Ferrer*, su extraordinaria escrupulosidad jurídica), y que además había superado la crisis del verano 1909.

Para Romero Maura, partiendo de la visión que el joven pero ya muy activo Miguel Maura se forjó de lo ocurrido, la crisis de octubre de 1909 —prolongada en la crisis de octubre de 1913, cuando Maura, todavía líder del Partido Conservador, se negó a seguir el “turno” con los liberales por entender que lo que estaba en marcha desde 1909 era la vuelta al viejo bipartidismo cortesano y caciquista— fue un golpe decisivo a todo el sistema parlamentario español. Romero Maura lo dice de forma especialmente brillante, planteando una tesis que, a mi parecer, deberá ser asumida de inmediato por la historiografía: la salida de Maura del poder en 1909 y la crisis de 1913 significaron el paso, en el seno del régimen constitucional, de una *monarquía de régimen parlamentario* (1903-1913) a una *monarquía de régimen palatino* (1913-1923). Eso condenaba el régimen de partidos: hacía imposible, o al menos muy difícil en el corto plazo, la regeneración del sistema. Alfonso XIII optó, en efecto, por gobernar con los políticos palatinos del viejo turnismo (Dato, Romanones...). El sistema quedó prácticamente roto. Desde

1914, la fragmentación del sistema de partidos fue total. La estabilidad política y el consenso que se habían logrado desde 1876 se vinieron abajo. Enfrentado con una situación social grave, con un creciente divorcio entre el poder civil y el poder militar por la guerra de Marruecos, agudizado tras el desastre militar que el Ejército español sufrió en Annual en julio de 1921, carente de instrumentos de gobierno precisamente por el colapso del sistema de partidos desde 1913, Alfonso XIII aceptó el golpe de estado que el general Primo de Rivera dio en septiembre de 1923 (con la simpatía —conviene no olvidarlo— de una gran parte del país).

La derecha conservadora republicana

Miguel Maura (1887-1971), séptimo hijo de Antonio Maura, se formó políticamente en el taller de Don Antonio, argumento harto evidente de *Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra*. Entró en política en 1913 (aunque estaba ya implicado apasionadamente en ella desde mucho antes), desde el maurismo, el movimiento político que inspirándose en Maura, aunque al margen de él, y con un programa que combinaba catolicismo, reformismo social, autonomía para las regiones y respeto y defensa de las libertades constitucionales, nació a principios de 1914 pero que, pese a las significativas adhesiones que recibió, no terminó de definirse como partido y de encontrar su espacio en la política española. De alguna manera, Miguel Maura siempre creyó lo mismo, a la luz precisamente de la experiencia política de su padre entre 1903 y 1913 y de la crisis de 1909-1913: que la clave de la política española radicaba en la creación de una derecha liberal que, con el apoyo electoral de las clases conservadoras y las clases medias del país y radicalmente apartada de los círculos cortesanos y palatinos, y con programas bien definidos y explicitados que diesen res-

puesta a los problemas sociales del país —Miguel Maura reconoció desde muy pronto la evidente realidad que constituía la aparición del movimiento obrero en la vida española—, asumiese la responsabilidad del poder y llevase la política española a su plena normalización constitucional y parlamentaria. Es lo que quiso hacer en 1930 cuando, seguro de que al aceptar la dictadura de Primo de Rivera en 1923 Alfonso XIII había liquidado la monarquía, pasó al republicanismo (renunciando, por cierto, a la muy acomodada posición social y profesional en que vivía); es lo que quiso hacer durante la II República.

La lectura conjunta del *Así cayó Alfonso XIII* de 1962 con las adiciones que en el libro de 2007 ha hecho Romero Maura —y especialmente con el discurso de 16 de noviembre de 1934, “El deslinde de las derechas”, y los artículos de *El Sol* de junio de 1936— permite conocer cabalmente la personalidad y biografía de Miguel Maura y profundizar decisivamente en lo que, como ha quedado dicho, es el gran tema histórico que alienta tras la trayectoria y significación de los dos Maura, Antonio y Miguel (aunque no sólo de ellos): la derecha y las clases conservadoras en la crisis española del siglo xx. Gran tema, conviene aclarar ahora, por varias razones, todas ellas formidables: *primero*, porque la derecha llevó a cabo entre 1843 y 1854, durante la larga etapa de gobierno de los moderados, una obra decisiva y permanente que echó las bases del Estado moderno (Guardia Civil, sistema nacional de educación, sistema tributario moderno, cuerpos profesionales para los organismos del estado...) y mejor aún, tuvo en Cánovas, Silvela y Maura tres de los mayores políticos, ciertamente los más sustantivos, del periodo de 1868 a 1923, en el que se gestó una España que todavía nos es contemporánea; *segundo*, porque, por más que en la historia española del siglo xx hubiese una

derecha liberal (en la II República: Alcalá Zamora, Miguel Maura, Ángel Ossorio, Jiménez Fernández, Luis Lucía; bajo el franquismo: Joaquín Satrústegui, Fernando Álvarez de Miranda, José M^a Areilza; en la transición: Unión de Centro Democrático y señaladamente Joaquín y Antonio Garrigues, por citar, para los tres periodos aludidos, y sin matizar, sólo algunos pocos nombres), lo cierto fue que en 1936, y con los antecedentes que se quieran, la derecha derivó hacia el autoritarismo, el fascismo y el golpismo militar; *tercero*, porque la existencia de una derecha liberal y democrática fuerte y estable favorece siempre y decisivamente la estabilidad de los sistemas democráticos.

Para ese gran tema, el estudio de la derecha, Miguel Maura y su libro (y tras ellos, Romero Maura) proporcionan, en efecto, materia abundantísima. Miguel Maura —un hombre de personalidad arrolladora e innegable prestancia física, optimista, inteligente, impetuoso, vigoroso y decidido— encarnó en la historia española del siglo xx y en el momento más intenso y decisivo de ésta —la crisis nacional que fueron los años de la II República de 1931 a 1936—, la posibilidad de una derecha liberal, posibilidad que, de haber prosperado, podría haber llevado a la derecha española, a las clases conservadoras y a la opinión católica, a su integración definitiva en el régimen republicano (lo que habría resultado en una historia alternativa a lo que realmente pasó).

En 1930-31, esa posibilidad pareció factible, real. Por su participación en el Pacto de San Sebastián de agosto de 1930 que hizo posible el funcionamiento inicial de la República; por su papel decisivo, fundamental, en la proclamación de ésta el 14 de abril de 1931 y en la construcción desde el ministerio de la Gobernación, ese mismo día y en apenas dos horas, de todo el aparato gubernativo del nuevo régimen; por el

éxito personal que fueron para él, como ministro de Gobernación, las elecciones constituyentes de junio de 1931; por la firmeza y sentido de estado con que desde ese ministerio había afrontado la ofensiva huelguística de la CNT en el mismo verano de 1931, Miguel Maura era ciertamente uno de los principales activos de la República (como podían serlo en aquel primer momento republicano las tres figuras que con tanta agudeza y penetración política Miguel Maura retrató, en páginas perfectas, en *Así cayó Alfonso XIII*, esto es, Alcalá Zamora, Azaña y Prieto).

Lo que ocurrió, no obstante, es bien conocido. La política laicista de la República encarnada en el artículo 26 de la Constitución de 1931, más incidentes como las quemadas de conventos que se produjeron los días 10 y 11 de mayo de 1931 y como la expulsión de España el 12 de junio (por el propio Miguel Maura) del belicoso cardenal primado, el cardenal Segura, provocaron la movilización política de la opinión católica contra la República, capitalizada desde su creación a finales de 1932 por la Confederación Española de Derechas Autónomas, la CEDA, el partido de la derecha católica, bajo el liderazgo de José M^a Gil Robles. La posibilidad de que en torno a Miguel Maura hubiera cristalizado una derecha conservadora republicana y democrática se frustró. Miguel Maura significaba, efectivamente, política de convivencia, consenso sobre el Estado, Derecho, libertad y orden, y clases conservadoras, como base del Estado democrático moderno y por tanto de la II República; Gil Robles y la CEDA equivalían a rectificación de la República, derrota del socialismo, Estado nuevo y contrarrevolución. El Partido Republicano Conservador que Maura creó tras su salida del gobierno en octubre de 1931 —él y Alcalá Zamora dimitieron en desacuerdo con el citado artículo constitucional, conscientes de lo que

su aprobación podía provocar—obtuvo en las elecciones de 1933 una quincena de diputados; la CEDA de Gil Robles, logró 115 diputados y emergió como el primer partido del país. La estabilidad política de la República española fue imposible.

En “El deslinde de las derechas”, su discurso de 16 de noviembre de 1934, y en los artículos que publicó en *El Sol* entre el 18 y el 27 de junio de 1936 (que Romero Maura, acertadísimamente, ha incorporado a su edición de *Así cayó Alfonso XIII*), Miguel Maura perfiló su propia interpretación de la crisis española. Importa, y mucho —por su trascendencia e interés—, volver sobre ella. Maura entendió que el Gobierno Provisional republicano de abril-octubre de 1931, asistido por la gran mayoría de izquierda que arrojaron las elecciones de junio, representó, realmente, la posibilidad de creación de un nuevo Estado democrático en España. Culparía por ello —sin vacilación alguna— al sectarismo de Azaña y de la izquierda y ante todo a la política laicista del bienio 1931-33, de la división del país que se produjo y de aquella gigantesca reacción de la derecha —son sus palabras— que condujo al triunfo (clamoroso e indiscutible) de la CEDA en noviembre de 1933. Maura pensó siempre que, en 1933, España necesitaba convivencia, desarme moral y reformas progresivas. Entendió así que la CEDA, al desconocer la realidad social que representaba la masa obrera y sindical y optar por una política de liquidación del adversario (en todo caso tan obviamente contraproducente como innecesaria después de la *debacle* estratégica del extremismo de izquierdas en la revolución de octubre de 1934), había literalmente dilapidado la victoria de 1933, y que, como resultado, el bienio 1933-35 fueron años perdidos, jalonados por la política de represión, desquite y exclusivismo parlamentario de las derechas. Maura no creyó en el Frente Popular: pensaba que

en 1936 la ruptura de la normalidad democrática y parlamentaria era ya completa. El Frente Popular desembocó para él, entre febrero y junio de 1936, en un desgobierno absoluto: gravísima situación social y política, anarquía sin precedentes, descrédito imparable de las instituciones republicanas, una juventud que se deslizaba hacia el fascismo, la vida misma de España en juego. Maura no tenía duda de que la situación exigía rectificar el curso de la República: en junio de 1936 creía que España necesitaba una “dictadura nacional republicana”, circunstancial y transitoria y nacida de régimen democrático (decía), un Gobierno Nacional integrado por el republicanismo y el socialismo no revolucionario y con plenos poderes, que restableciese el orden público, devolviese la confianza a empresarios y medios financieros, reformase de forma inmediata los órganos de la administración pública, y prestase atención urgente a la política de defensa y seguridad del país.

El tiempo no le haría rectificar su visión de la España republicana. Regresó del exilio, discretísimamente, en 1954. Nunca tuvo nada que ver con el franquismo: el colaboracionismo era incompatible con el sentido (extremado) de la dignidad política y personal que Miguel Maura había aprendido en el taller de D. Antonio. En 1962 escribió *Así cayó Alfonso XIII*, su espléndido libro sobre la proclamación de la República, y que rebosaba entusiasmo por las posibilidades de regeneración nacional que supuso el momento fundacional de aquel régimen, que terminaba en junio de 1931. Por lo que hemos visto, la ampliación de ese libro y la aproximación a la figura de Miguel Maura desde el conocimiento de lo que representó, previamente, la vida política de su padre, Antonio Maura —que es lo que ha hecho Joaquín Romero Maura en *Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra*— era imprescindible. Autor

de un libro de historia memorable, *La Rosa de Fuego: el obrerismo barcelonés de 1898 a 1909* (1974), Romero Maura era, además, la persona idónea para hacerlo.

Antonio Maura galvanizó en su día la política española. Miguel Maura protagonizó un gran momento de la historia cuando el 14 de abril de 1931, él y Largo Caballero, que se habían adelantado a los otros miembros del comité que había dirigido el movimiento hacia la República, llegaron, llevados por una multitud incontenible, ante las puertas del ministerio de la Gobernación en la Puerta del Sol de Madrid, y encararon al piquete de la Guardia Civil que custodiaba el edificio; y Miguel Maura, en un clima de tensión extrema, firme ante los guardias, gritó con gallardía inaudita (cuya evocación siempre nos emociona): ¡Señores: Paso al Gobierno de la República! La Guardia Civil se cuadró; alineados en dos filas, los guardias presentaron armas a quienes desde ese momento eran el Gobierno de España. ■

Juan Pablo Fusi es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense. Autor de *La Patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX* y de *Identidades proscritas. El no nacionalismo en sociedades nacionalistas*.

CLAVES
DE RAZÓN PRÁCTICA

dirección internet
www.claves.progres.es
correo electrónico
claves@progres.es